Universidad Iberoamericana Puebla

Repositorio Institucional **http://repositorio.iberopuebla.mx**

Revista Magistralis Número 23

La UIA Puebla y su inspiración cristiana

Fernández Dávalos, David

2015-03-12

http://hdl.handle.net/20.500.11777/569

http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf

LA UIA PUEBLA Y SU INSPIRACIÓN CRISTIANA
(Reflexiones a propósito de un aniversario)

David Fernández, S.J. *

Introducción

Las universidades que conforman el Sistema de Educación Superior UIA-ITESO de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús están cumpliendo años: 60 en México, 25 en León, 20 en Puebla, Tijuana y Torreón y 45 en Guadalajara. Nuestras universidades son herederas de la tradición humanista y educativa de la Compañía de Jesús, cuyo fundamento es la construcción de un hombre nuevo, abierto al diálogo y a la diferencia y comprometido con la libertad y la justicia, es decir con un proyecto humanizante de humanidad. Nuestras universidades se conciben a sí mismas como gestoras de personas comprometidas humanista y universitariamente con ese proyecto.

Inspirada en el modelo educativo ignaciano, nuestra propuesta educativa atiende tanto al desarrollo de la vida interior de alumnos y alumnas, como al desarrollo de su inteligencia y a la comprensión de la sociedad local, regional, nacional y mundial a la que pertenecen.

Queremos formar profesionales sensibles, reflexivos, críticos, creativos y activos comprometidos con la realización de las transformaciones necesarias para hacer de su sociedad una sociedad justa y libre.

En sus veinte años de vida, la Universidad Iberoamericana de Puebla se ha consolidado como una comunidad universitaria al modo ignaciano: construida sobre la base de las relaciones interpersonales de

---

* Asistente de la Provincia de la Compañía de Jesús para Obras Educativas.

sus miembros, abierta al diálogo con otras culturas y comprometida en la búsqueda de la libertad y la justicia, con lo que acontece en su derredor y con la acción.

La inspiración cristiana de la universidad

La efeméride que celebramos, además de actualizarnos respecto de las características y fines últimos de nuestro trabajo universitario, nos ofrece la oportunidad de reflexionar acerca de una de las notas centrales de nuestra universidad y de todas las que conforman el sistema de educación superior conducido por la Compañía de Jesús: su inspiración cristiana. ¿En qué consiste la inspiración cristiana de nuestra universidad y cuál es su justificación universitaria? A ello dedicaré las siguientes páginas.

Según nuestro Ideario, esta inspiración cristiana ha consistido, desde el inicio de la Universidad Iberoamericana, en la voluntad de que los valores cristianos, los valores del Evangelio, orienten su vida y su trabajo. Por esto, la Ibero Puebla ha pretendido ser desde su constitución una universidad que no sólo promueve y trata de vivir en su seno los valores del Evangelio, sino que intenta proyectarlos también hacia la sociedad en que se ubica.

Negativamente planteado, esto quiere decir que el carácter cristiano de la Iberoamericana no proviene de su dependencia jurídica alguna de cualquier autoridad eclesiástica, pero tampoco de la obligatoriedad de realizar prácticas religiosas o de sostener una determinada creencia, tampoco del control doctrinal sobre las enseñanzas impartidas. No significa ni implica ninguna coacción a la libertad de las personas ni vulneración de la autonomía del saber y de la ciencia. La inspiración cristiana, en cambio, invita tan sólo a realizar la labor universitaria desde lo que son los valores del cristianismo.

La inspiración cristiana consiste, pues, en que el espíritu del Evangelio anime el sentido de nuestra acción y busque la realización, en términos históricos, de lo que en términos teológicos enseña el cristianismo.[1]

---

[1] Cf. Ellacuría, I. "Una universidad centroamericana para El Salvador", en *Escritos Universitarios*. UCA Editores, San Salvador, El Salvador, 1999. pp. 93-103.

En efecto, partimos del hecho de que existe una natural convergencia entre lo que requiere la situación histórica de la realidad nacional y lo que teológicamente puede aportar la inspiración cristiana.

Me explico un poco más, y para eso sigo de cerca los pasos del P. Ellacuría:

1. La fe cristiana reconoce la historia como el proceso en el que se realiza la salvación de Dios y la salvación de los seres humanos. Una universidad de inspiración cristiana abre esta historia a la trascendencia. Así, da lugar a toda realización humana concreta, pero también se vuelve crítica a todo intento por absolutizarla.

La inspiración cristiana de una institución educativa impulsa a sus miembros a una lucha en contra de las estructuras y dinámicas que generan opresión y esclavitud, en tanto que impiden la realización de una comunidad humana justa y libre, como Dios la quiere.

2. La fe cristiana busca la salvación de todo el ser humano y de todos los seres humanos. Pero trabaja por ella desde los pobres, los oprimidos y los excluidos. De esta manera, reconoce al pueblo como el lugar privilegiado desde el cual realiza su misión. Una universidad de inspiración cristiana pone también su predilección y su valor fundamental en los más necesitados.

En nuestra realidad desigual, el sector universitario constituye una franja mínima, elitista, del conjunto de la población. La popularización de la universidad no consiste fundamentalmente en su ampliación y apertura al ingreso de las clases populares, sino en que la universidad se configure lo más posible según las exigencias reales de lo que son las mayorías populares.

Ponerse al servicio del pueblo y dejarse interpelar por él mismo son los signos más explícitos de la inspiración cristiana que ha de permear a la universidad jesuita. Esto debiera hacer que la UIA desarrolle, universitaria pero históricamente, una función profética definida como conciencia crítica y creadora que, en definitiva, pretende descubrir en cada momento histórico cuál es la forma más adecuada de presencia de lo absoluto de la realidad, que es una forma secular de nombrar a Dios.

3. La inspiración cristiana nos hará ver y denunciar lo que de pecado hay en nuestra realidad y nos impulsará a crear modelos que histó-

ricamente correspondan mejor al reino de Dios. Entre otras cosas, habrá de hacernos desarrollar actitudes hondamente cristianas, como la esperanza operativa, la pasión por la justicia, la entrega generosa a los demás, el repudio de los medios violentos, etc.; y nos hará cultivar valores evangélicos como los de solidaridad, equidad, participación, respeto a la diferencia, compasión y fraternidad.

Es fácil advertir que una historia configurada por antivalores cristianos verá en esta posición un desafío a sus intereses más profundos y a sus realizaciones egoístas e injustas.

En resumen, no es necesario que todos los que trabajan en la Iberoamericana confiesen explícitamente y en el mismo sentido estos elementos del Ideario. Sin embargo, sí demandamos de todos respeto y aprecio por ellos. Y esto es así porque Jesús de Nazaret cree más en las obras que en las palabras, en las intenciones profundas que en las formulaciones ideológicas. Como dice Ellacuría: Él mismo enseñó cómo se puede ser cristiano de incógnito.

La necesidad de explicitación de esta inspiración

Pero, si esto es así, ¿por qué tenemos entonces un Programa Universitario Ignaciano y promovemos actividades explícitamente cristianas?

Porque una inspiración particular ha de tener signos que la hagan visible, así como mecanismos que la vuelvan operativa en la institución. En palabras de Enrique Gutiérrez Martín del Campo: una inspiración que no se institucionaliza y se muestra, se pierde.

Pero hay todavía algo más importante que lo dicho: en el fondo, tenemos y queremos tener procesos pastorales dentro de la universidad porque creemos que nombrar a Dios en medio de los procesos históricos tiene un valor salvífico intrínseco.

Efectivamente, quienes tenemos encomendada la conducción e inspiración de esta universidad no queremos ni podemos ser cristianos anónimos. Deseamos mostrar y proponer que tiene un valor humano indiscutible confesar a Dios y abrir la historia a la trascendencia; invitar, desde ahí, a vivir los valores del Evangelio.

De esta manera, el nuevo Programa Universitario Ignaciano, al igual que cualquier Centro de Pastoral en nuestras universidades, se

concibe como una instancia generadora de dinámicas que invitan a la reflexión y a la revitalización de las dimensiones trascendentes de la persona y de la historia humanas. Propone, como oferta siempre presente, los valores que brotan de nuestra fe. Su signo, entonces, es el de la convocación y no el de la imposición; el de la inclusión y la tolerancia, frente a la exclusión y el señalamiento. No divide a la comunidad entre quienes creen y quienes no lo hacen, sino que invita a todos a compartir los valores de los que se sabe portador.

Universitariamente, un programa de acompañamiento pastoral encuentra su razón de ser al constituirse como un instrumento que ayuda a la integración de todas las dimensiones del ser humano y de la historia, incluida la dimensión trascendente. En aportar cualificaciones que la vida del mundo históricamente vigente tiende a olvidar, cuando no a atropellar con descaro.

Sé que lo que digo es discutible, tanto para los creyentes como para los que no lo son. Sin embargo pretende apuntar a algo esencial para la identidad de nuestras instituciones educativas y que se señaló al principio: su ser y su quehacer han de conformarse en torno a los valores del Evangelio, es decir: abrir a la trascendencia; aportar a la transformación la historia en una historia buena; buscar la salvación de todos, desde la opción preferencial por los pobres; ponerse al servicio del pueblo desde nuestra vocación cristiana profética; ayudar a desarrollar actitudes hondamente cristianas, como la esperanza operativa, la pasión por la justicia, la entrega generosa a los demás, el repudio de los medios violentos, etc. Pero, además de todo esto, pone signos visibles del espíritu que la anima, sabe nombrar a Dios porque sabe que su nombre salva y ofrece permanentemente el alimento espiritual a quienes profesan la fe cristiana.

La tarea evangelizadora

Todo esto supone, adicionalmente, que la universidad evangeliza, es decir, transmite los valores del Evangelio, cumpliendo de una manera peculiar las tareas propias de toda universidad o institución de enseñanza.

Desde la universidad, la labor evangelizadora de la institución –su identidad más profunda, según quedamos–, ha de realizarse desde las

labores sustantivas de docencia, investigación y difusión o vinculación social, y lo hará desde los "saberes" propios que debe generar entre todos sus miembros.

Recientemente, el informe sobre la Educación Mundial, de la UNESCO, conocido también como Informe Delors, resituó a la educación como la utopía necesaria y nos invitó a revalorizar los aspectos éticos y culturales de la educación, justo lo que los obispos han pedido a las instituciones de educación de inspiración cristiana, y en lo que estamos empeñados todos nosotros. Y sugiere, para ello, dar a cada persona los medios necesarios para comprender al otro, comprender el mundo y comprenderse a sí mismo.

Por eso, para esta comisión internacional, la educación que necesitamos debe ser una estructuración continua de la persona humana, de su conocimiento y de sus aptitudes, pero también de su facultad de juicio y acción. Esta educación se basa en cuatro pilares, directamente opuestos a la utopía tecnogerencial hoy tan en boga en el mundo, que nos ha dejado sin pensamiento utópico:

1. *Aprender a conocer*, combinando una cultura general amplia con la posibilidad de profundizar en algunos conocimientos. Conocer el mundo "ancho y ajeno", conocer mi entorno, conocerme a mí mismo, conocer a los demás.

2. *Aprender a hacer*, a fin de adquirir no sólo una calificación profesional, sino, sobre todo, una competencia que capacite al individuo para hacer frente a un gran número de situaciones y a trabajar en equipo.

3. *Aprender a vivir juntos* en la diversidad desarrollando la comprensión del otro y la percepción del otro y la percepción de las formas de interdependencia respetando los valores del pluralismo, la comprensión mutua y la paz.

4. *Aprender a ser*, para que florezca mejor la propia personalidad y se esté en condiciones de obrar con creciente capacidad de autonomía, de juicio y de responsabilidad personal.

Cada uno de estos "saberes" fundamentales a los que ha de contribuir toda escuela, puede desarrollarse muy ampliamente. No es éste el momento para hacerlo. Pero baste decir que es allí donde la universidad de

inspiración cristiana realiza su identidad en tanto que universidad y en tanto que de inspiración cristiana. No en balde el sustantivo es "universidad" y la locución adjetiva es "de inspiración cristiana". La universidad de inspiración cristiana no realiza su identidad al margen, mucho menos en contra de su tarea educativa central, a riesgo de superponer planos, hacer pegotes artificiosos, o bien generar reactividades insuperables en nuestros alumnos. Recordemos que las tres virtudes cardinales –fe, esperanza y caridad– valen cada una por sí misma. La educación, ministerio de caridad evidente, vale por si misma, como donación de sí, sin necesidad, incluso, de ser bautizada.

La propuesta Delors pretende, entonces, abrir cauces de reflexión y estimularnos para que las escuelas, todas, nos alcemos contra el estado actual del mundo y restituyamos la memoria, la ética y la política al proceso social actual. Que pongamos de nuevo al ser humano en el centro de toda dinámica de la realidad, no a los negocios, ni a la economía, ni a la ganancia privada, como ahora sucede. Se pretende ayudar a abrir una poética de lo diverso, una política de la pluralidad. Necesitamos recuperar, como dice Levinas, recientemente fallecido,

> una inocencia sin ingenuidad, una rectitud sin estupidez, una absoluta rectitud que es también una autocrítica absoluta, que se lee en los ojos del que es el objetivo de mi rectitud y cuya mirada me cuestiona. Ese movimiento hacia el otro que no regresa a su punto de origen en la forma en que regresa una desviación, incapaz como es de trascendencia: un movimiento más allá de la ansiedad y más fuerte que la propia muerte. Esa rectitud que se llama *Temimut*, la esencia de Jacob.[2]

Y en todo esto, la propuesta coincide con los planteamientos evangélicos.

Ser para los demás, solidaridad y nueva ciudadanía

En efecto, la síntesis de lo que pretendemos conseguir con nuestra labor apostólica en las instituciones educativas de la Compañía de Jesús

---

[2] E. Levinas, *Quatre Lectures Talmudiques*, p. 105.

lo hemos llegado a formular como "formar hombres y mujeres capaces, con y para los demás".

Armando Rugarcía, anterior rector de esta universidad, solía decir que la propuesta de la Compañía de Jesús es audaz en un mundo como el que nos ha tocado en suerte. Proponer formar personas para los demás –decía– rescata la presencia del "otro" como centro de la educación que podemos brindar. Y en una cultura que parece haber borrado la preocupación por el "otro", por lo diverso, por lo diferente, que ha entronizado al individualismo y a la competencia como valores cardinales, esta pretensión es, sin duda, temeraria.

Sin embargo, aunque así sea, esta tarea se hace cada vez más urgente. La propuesta de formar hombres y mujeres para los demás, considerada como la misión de toda educación ignaciana, toca lo más profundo del ser humano: los valores. Pero esta propuesta humanista enfatiza los valores sociales por sobre cualquier otro tipo de valor. Ser para los demás implica un compromiso de vida, una actitud permanente, un cristal para mirar, una apuesta vital. Desde el ángulo educativo, se atiende al principal desafío que plantea la educación en este inicio de milenio: la formación valoral.

La formación con y para los demás no puede realizarse si no es en solidaridad. No es posible formarse con los demás, si no se está, de alguna manera, con ellos. No se puede formar para los demás, si no se les tiene presente constantemente en sus necesidades, esfuerzos y aspiraciones.

Así, la labor educativa cristiana es, también, por su naturaleza, esencialmente solidaria. Atiende a individuos, grupos humanos y a la sociedad entera como su horizonte último. La educación es solidaridad con el pasado, con la tradición que se hereda, y con el futuro, con la nueva sociedad que se ha de prefigurar.

Por esto mismo, entonces, nuestras universidades han de pretender también generar un nuevo tipo de ciudadanos y ciudadanas. Porque la ciudadanía a la que aspiramos en estas circunstancias es una ciudadanía volcada hacia las necesidades del entorno, hacia los demás, hacia los grupos más vulnerables de la sociedad, hacia las generaciones futuras en su preocupación por preservar la ecología y la biodiversidad. La solidaridad, pues, en esta concepción educativa, es al mismo

tiempo un método educativo y una finalidad: el distintivo inequívoco de una educación de alto contenido cristiano.

Hacia una conclusión

Nuestras universidades no son católicas, sino de inspiración cristiana. Pero esta definición no merma en absoluto su radicalidad evangélica y su universalidad. Por el contrario, las potencia enormemente.

Porque, como dice el P. Kolvenbach, es la primacía del ser humano la que apremia a la universidad de la Compañía a empeñarse, no en unos conocimientos meramente teóricos, sino que tengan ante todo como mordiente, el interés de ese ser humano tomado en todas sus dimensiones. "Finalizar a favor del hombre, cuyo misterio se esclarece sólo en el misterio del Verbo Encarnado (*Gaudium et spes* 22), he ahí la razón de ser de la labor universitaria".[3] Ahí, pues, la razón última de la Universidad Iberoamericana Puebla, cuyos 20 años son, apenas, el inicio de un fecundo y extenso ministerio.

---

[3] Kolvenbach, P.H., Discurso en la Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia, 24 de febrero de 1990. En *La Universidad de la Compañía de Jesús a la luz del Carisma Ignaciano*. México, DF, SEUIA-ITESO, 2001, pp. 103-110.